

TEXTO COMPLETO DE LA NOTA

Texto completo de *Apuntes para el día que tendremos que contarles a los nietos*, nota de la revista *Gente*, n° 410 del 31 de mayo de 1973.

“Ya es historia.

Todos los días son historia, pero hay algunos que, de antemano lo sabemos, serán identificados a través del tiempo.

Hay días en los que la gente se siente mirada, mirada desde el futuro. Sabe que sus actos, que sus gestos, que el rumbo de sus determinaciones son observados desde lejos, desde el tiempo venidero.

Hay días en los que todos se sienten protagonistas; todos, no importa la vereda.

Un día así fue el 25 de mayo de 1973.

Ese día sucedió lo previsible; pero lo previsible, por más previsible que fuera, no dejó de sorprender, de sacudir.

No había terminado y ya algunos lo estaban definiendo como EL DIA MAS LARGO DEL SIGLO PARA LOS ARGENTINOS.

No se sabe qué otros días traerá el siglo para la Argentina, pero no hay duda de que el 25 de mayo del 73 fue realmente largo. No duró 24 horas. Duró 30, 32, 34 horas. Porque empezó mucho antes y se prolongó bastante después.

CUANDO EL 25 AÚN ERA 24

Siempre corre la gente en Buenos Aires, pero había que ver lo que era la gente el 24 de mayo, ya sobre el mediodía. Fue cuestión de pararse en una esquina y mirar. No era gente caminando apresuradamente lo que se veía. Eran jóvenes, viejos, mujeres disparando, realmente disparando para cruzar la calle, para andar por la vereda.

Era como si una sirena hubiese sonado.

Como si cada cual tuviera los minutos contados o se sintiera 'emplazado' para hacer algo muy urgente.

La cuestión es que la gente corría más que de costumbre. Como si se le estuvieran por cerrar los restaurantes o las farmacias, como si el colectivo fuera el último de la jornada.

Pero a la jornada aún le quedaban muchas horas.

Caminando un poco a la deriva varias veces, por Talcahuano, por Diagonal Norte, por Avenida de Mayo aparecieron grupos de 200 ó 300 personas con banderas, con cartelones, con estribillos.

Naturalmente, todos eran peronistas.

Pasó la tarde y llegó la noche del 24. El cielo estaba gris, cargado, amenazante. El aire frío. Más de uno se preguntaba: ¿Habrà sol el 25?

NOCHE A LA INTEMPERIE

La ciudad está traspasada de ruidos siempre. Pero a las diez, a las once de la noche

del 24, las bocinas se multiplicaron, agujerearon el aire. Largas caravanas de autos empezaron a serpentear por los alrededores de la Casa Rosada.

En ese minuto medianero que va del 24 al 25 de mayo las bocinas se incentivaron. No hubo que verlo para imaginar más de un brindis en la noche.

Plaza de Mayo estaba iluminada a pleno. La competencia para colocar en los lugares estratégicamente más visibles los largos cartelones hacía rato que había empezado.

Por lo menos cada quince metros había un vendedor de escarapelas e insignias con los rostros de Perón, Evita, Cámpora y toda la gama de dedos haciendo la 'V'.

¿Y los bombos? Los bombos merecerían un capítulo especial. Desde todas direcciones convergían hacia la plaza central. Imposible encontrar a un bombo solitario. Cada bombo es como un infalible imán de gente. Su golpe es convocatorio. La noche avanzaba y, por lo visto, no iba a haber tregua para el silencio. El compás de las canciones, el ritmo de los estribillos, los daban los bombos con su latido gigantesco.

Estaba visto que muchos, cientos, miles, no iban a dormir. Venían de muy lejos. Además había una especie de generalizada impaciencia por asegurarse un lugar 'lo más cerca posible' a los balcones rosados de la casa donde se gobierna.

Era de noche, pero por las luces y por el fragor humano parecía de día.

Los autos no cesaban en su desfile. Las bocinas continuaban.

De una hora para otra la plaza mayor ofrecía un aspecto distinto. Los carteles aéreos aumentaban.

El pasto no es un colchón, pero es más blando que la baldosa. Muchos lo elegían para tomarse una tregua. Otros optaban por las veredas cubiertas que están frente a los ministerios. Haciendo curiosas cadenas, sirviéndose mutuamente de almohadas, algunos muchachos intentaban dormir dos horas, una hora, algo.

Intentaban no más. Porque las bocinas seguían. Y también los estribillos.

Cuando parecía que algo de calma iba a depositarse, una, otra y otra columna ingresaban en la plaza. Venían de la provincia de Buenos Aires, venían de Retiro, en trenes, venían en ómnibus, venían a pie. Al llegar, al tener a la vista la Casa Rosada, sacaban las voces a pleno, saltaban, cantaban, siempre mirando en dirección a los balcones todavía vacíos, pero para ellos imaginariamente poblados.

El cielo se abría. El aire estaba menos frío que en la tarde de la víspera. Pasadas las cinco y media de la lenta madrugada ya se sabía que este 25 iba a asomar con sol.

No hacía frío, pero tampoco estaba como para andar en mangas de camisa. Más de un muchacho andaba por ahí envuelto con la bandera argentina. Alguno ya convirtió en poncho.

EL MINUTO DEL ESTALLIDO

Y el sol salió no más. A las 8 Plaza Congreso era un hervidero. Se corrió la voz. 'Ya viene Cámpora', 'Ya viene el presidente'. 'Ya viene el Tío'. Delante de su auto trotaban los caballos de los granaderos. Muy lentamente avanzaba el auto. La gente los envolvía. Los granaderos no podían guardar la línea de marcha. El papel picado caía desde los edificios. El doctor Cámpora llegó 'milagrosamente' al Congreso. Saludaba y sonreía. Estaba emocionado. La multitud era una sola garganta. Garganta más bombo, delirio.

A las 8.10 la gente, que apretaba y apretaba, parecía que iba a entrar en el mismo Congreso. La figura de Cámpora subió la escalinata, penetró en el recinto. Hubo una tregua en el delirio.

Pero esa tregua estuvo destinada a escuchar las palabras que salían simultáneamente por las radios a transistores, por los parlantes. A las 8.18 minutos la voz dijo: 'Yo, Héctor Cámpora, juro por Dios Nuestro Señor y estos Santos Evangelios desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de Presidente de la Nación y observar y hacer observar fielmente la Constitución de la Nación Argentina. Si así no lo hiciere, Dios y la Nación me...'

El estallido de la multitud devoró la última palabra.

Las gargantas al rojo vivo.

Abrazos.

Sacos, sombreros, algún zapato por el aire. Los vibrantes cartelones.

Este día tendría muchos minutos estremecedores. Pero el minuto 19, después de la hora octava, sería difícil de superar.

DE PRONTO LA SANGRE

Durante casi tres horas el nuevo presidente leyó su mensaje. Entre Congreso y Plaza de Mayo se produjo un gran movimiento de gente. Hay muchos que dudaban si quedarse en Congreso o ir frente a la Casa Rosada. La duda provenía de un deseo: en algún momento 'estar lo más cerca posible' del presidente, que había prometido hacer el trayecto en un auto abierto.

Entre los cartelones abundaban los que llevaban las inscripciones de 'Montoneros' y 'FAR' y 'FAP'. Los cánticos se renovaban. Muchos aludían a los muertos de Trelew.

El clima de festejo de pronto derivó en tensión. En la parte de atrás de la Plaza de Mayo, sobre la avenida Alem e Yrigoyen, se produjo un encontronazo entre fuerzas policiales y militares con un sector de público que hostilizó a las autoridades militares salientes.

Hay tiros. Hay sangre. Hay corridas. Hay heridos. Se habla de muertos. Los gases agrisan el aire. De pronto pareció que la fiesta se iba a convertir en una gran tragedia. Por los altoparlantes se informó que la juventud peronista se encargaría en adelante de mantener el orden. La calma retornó poco a poco. La Plaza de Mayo, que estaba casi totalmente cubierta de gente, había quedado parcialmente vacía por el incidente, por los gases.

Pero esto duró pocos minutos. Gruesas columnas que venían de Caseros, Hurlingham, Barrio Carlos Gardel, Almirante Brown, La Plata, Florencio Varela, cubrieron de nuevo la plaza.

LA PRESIÓN DE LAS GARGANTAS

A las diez y media gran parte de Plaza de Mayo estaba cubierta. La plaza, especialmente en las proximidades de la Casa Rosada, resultaba chica. La gente presionaba, presionaba. Hasta que se produjo la invasión al palco oficial. El palco oficial de ahí en más iba a ser del pueblo.

A las once y cuarto llegaba a la sede del gobierno el almirante Carlos Guido Natal Coda. Fue reconocido por por el público. La hostilidad fue más allá de los gritos. Los estribillos alusivos a Trelew recrudecieron. Intervino para reprimir la policía. Otra vez gases, corridas, síntomas de pánico. Los miembros de la Juventud Peronista, identificados por sus brazaletes, trataban de restablecer la paz.

El clima de gases y nervios se prolongó hasta pasadas las doce.

Por los altoparlantes se reiteraba que la Juventud Peronista estaba a cargo del orden, se pedía disciplina, se instaba a abrir una brecha para que pasara luego el auto del presidente.

El cerco se hizo. El aire de la plaza fue más tolerable. La tensión empezó a aflojar. La multitud hizo espacio en la acera. Se pidió un minuto de silencio para recordar a Eva Perón. En ese minuto el más completo silencio dominó el escenario.

A todo esto el doctor Cámpora debía suspender su viaje en automóvil. En el trayecto había cientos de miles de personas. La efusividad iba a ser incontrolable. Mucho más seguro iba a ser un helicóptero. El helicóptero llegó a la Casa Rosada poco después de las trece. Y también el renovado clima de fiesta.

Por los parlantes se escuchó la transmisión del mando.

Los estribillos mostraban en su competencia el predominio de los sectores juveniles y combativos del peronismo.

A ratos se gritaba: 'Perón, Evita, la patria peronista'. A ratos se gritaba: 'Perón, Evita, la patria socialista'.

En el momento en que la voz del parlante decía que el doctor Cámpora recibía el bastón de manos del general Lanusse todos los estribillos se suspendieron y se alzó una sola palabra: '¡AR-GEN-TI- NA! ¡AR-GEN-TI-NA!'

UN HOMBRE EN LO ALTO

Caminamos, lenta, muy lentamente por entre la multitud de Plaza de Mayo. Eran las dos y media de la tarde. La mayor parte había olvidado el almuerzo.

El olor a praliné ahora predominaba sobre el olor de los gases.

En un balcón estaba (Arturo) Jauretche. En un balcón de edificio particular.

Allá en medio de la gente, con una bandera en la mano, estaba también Piero. Muy cerca Juan Carlos Gené. A diez metros David Stivel y Bárbara Mujica y otros.

Se supo que el desfile militar no se iba a hacer. Y que el tedéum quedaba para el sábado.

Los bombos recrudecieron.

La multitud empezó a reclamar a Cámpora. Varias veces se insistió en el estribillo: '-Qué lindo, qué lindo que va a ser... El Tío en el gobierno, Perón en el poder'.

Los bombos no tenían límites, seguían latiendo con más ganas.

En las ramas más inverosímiles de los árboles había gente.

En el techo de la Catedral había gente.

En la punta de una columna, cuya base era de 20 por 20, había, de pie, un hombre que gritaba y gritaba. Alrededor de él, nada. Abajo, a cinco metros, la multitud.

LOS DEDOS GIGANTES

Por fin los parlantes dijeron que Cámpora iba a salir al balcón. Y salió. Y habló. Y recordó a Perón. Y recordó a Evita. Y dijo al final, rememorando la frase del líder justicialista: 'De casa al trabajo y del trabajo a casa'.

Cuando el presidente Cámpora dejó el balcón la plaza quedó sola con su euforia, con su renovada celebración.

Algunos cayeron vencidos. Vimos, por ejemplo, a un joven dormido, de espaldas en el césped. Lo lindo del caso es que nada podía despertarlo, ni el sonido monumental de un bombo que retumbaba a un metro de él.

Dicho sea de paso, el elemento que usaba el joven del bombo para golpear era un bastón policial.

Los vendedores de gigantescos dedos en 'V' salían de todos los rincones. Ahora los dedos portátiles, en 'V', que ofrecían eran de veinte centímetros de largo.

En medio de este fragor vimos también a un hombre que le dio un flor de pisotón a otro. Y le dijo: 'disculpe'. Y el otro, el afectado, le contestó: 'no es nada'. En fin, cosas que suceden cuando la gente está contenta.

EL HOMBRE DE LA GUITARRA

Eran como las cinco de la tarde y todos los estribillos y todos los cánticos desembocaron en una sola consigna: 'HAY QUE IR A LA CÁRCEL DE DEVOTO A HACERLE UN HOMENAJE A LOS PRESOS POLÍTICOS'.

La frase-consigna se generalizó. Distintos grupos empezaron a rumbar, a pie, hacía Devoto.

Mientras la plaza desgranaba su multitud el palco oficial seguía cubierto por gente de pueblo. Temprano, a eso de las dos de la tarde, habíamos visto a un hombre con una guitarra. Despacio, despacio fue avanzando. De pronto lo vimos encaramado al palco oficial. Había trepado en el mismísimo balcón de la Casa Rosada. El hombre estaba feliz, se veía que estaba feliz.

A todo esto más de cuatro horas de caminata le aguardaban a gran parte de las cuarenta mil personas que iban rumbo a Devoto.

Cantando, enarbolando banderas y estribillos, al son de los bombos se fueron caminando.

HACIA DEVOTO

Y caminando llegaron bien de noche a Devoto.

Primero fueron unas quinientas personas. Después fueron mil. Y miles. Como en Plaza de Mayo, la mayoría eran jóvenes. Edad promedio, 22 años. Hasta algunos papás con niños en los brazos había.

Un pabellón de Devoto había sido tomado y engalanado por los presos, de antemano,

para recibir a la multitud.

Con megáfonos se entabló un diálogo entre la gente de la calle y los presos.

Pasó una hora. Eran las diez de la noche. Llegó el doctor Abal Medina. Entró a la cárcel. Adentro ya estaban varios diputados.

Los manifestantes aumentaban.

De pronto alguien dijo: 'De aquí no nos movemos hasta que no quede un solo preso político en la cárcel'. Ese grito suelto se hizo conciencia. De ahí en más el reclamo fue masivo.

Desde uno de los muros habló media hora después Abal Medina diciendo que se estaba tramitando el indulto. La manifestación intensificó el reclamo. Abal Medina después dijo que en una hora más se dispondría la libertad de todos los presos. Pero la multitud otra vez dijo: '¡YA!', Y vino la respuesta: 'Inmediatamente serán liberados todos los presos políticos'.

Un estallido superior a todos los que se habían producido en la larga jornada, un estallido sin precedentes, unificó las cuatro manzanas que envuelven al penal de Devoto. Abrazos, besos, lágrimas, antorchas.

Hasta que las puertas se abrieron y de a uno fueron saliendo los presos. La multitud les había hecho un callejón. Por él pasaban, con la bolsa de sus efectos personales al hombro, los presos liberados. Algunos saludan con los dedos en 'V'. Otros con el puño cerrado.

Después se sumó un ómnibus. Después un camión frigorífico. Todos repletos de gente que estaba viviendo algo así como un sueño.

A la noche todavía le quedarían cinco minutos de balas y sangre. Pero después los cánticos y el bombo recuperarían su primacía.

El 25 de Mayo había concluido. Pero se estiraba, se estiraba y le robaba horas al día
26.

Sin duda ya era EL DIA MAS LARGO DEL SIGLO PARA LOS ARGENTINOS.

Un día-historia. Un día para contárselo a los hijos, a los nietos que vendrán.”